

75000

PUNTOS MUERTOS DE LA LUZ

Mario Andrés Mejía Guevara  
Paula Andrea Acosta Triana



**Editorial**  
UNIMAGDALENA

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Mejía Guevara, Mario Andrés, autor

75000 puntos muertos de la luz / Mario Andrés Mejía Guevara, Paula Andrea Acosta Triana. -- Primera edición. -- Santa Marta : Editorial Unimagdalena, 2024.  
1 recurso en línea : archivo de texto: PDF -- (Humanidades y Artes. Fotografía y Fotógrafos)

Incluye datos curriculares de los autores.

ISBN 978-958-746-773-4 (impreso) -- 978-958-746-775-8 (pdf) -- 978-958-746-774-1 (epub)

1. Arte e historia - Fotografías 2. Arte y sociedad - Cuadros, ilustraciones, etc  
3. Humanismo en el arte I. Acosta Triana, Paula Andrea, autora

CDD: 701.1 ed. 23

CO-BoBN– 00121

Primera edición, agosto de 2024

2024 © Universidad del Magdalena. Derechos Reservados.

Editorial Unimagdalena

Calle 29H3 n° 22 - 01

Edificio de Innovación y Emprendimiento

(57 - 605) 4381000 Ext. 1888

Santa Marta D.T.C.H. - Colombia

[editorial@unimagdalena.edu.co](mailto:editorial@unimagdalena.edu.co)

<https://editorial.unimagdalena.edu.co/>

Colección Humanidades y Artes, serie: Fotografía y Fotógrafos

Rector: Pablo Vera Salazar

Vicerrector de Investigación: Jorge Enrique Elías-Caro

Diagramación: Luis Felipe Márquez Lora

Diseño de portada: Andrés Felipe Moreno Toro

Corrección de estilo: Mariana Betancur Gómez

Santa Marta, Colombia, 2024

ISBN: 978-958-746-773-4 (impreso)

ISBN: 978-958-746-775-8 (pdf)

ISBN: 978-958-746-774-1 (epub)

DOI: <https://doi.org/10.21676/9789587467734.9789587467758>

Hecho en Colombia - Made in Colombia

Las imágenes utilizadas como recurso para los collage que hacen parte de esta publicación corresponden a imágenes de Dominio Público y licencia Creative Commons tipo CC BY con autorización de uso y alteración del contenido para proyectos sin ánimo de lucro y en contextos académicos y educativos. Las imágenes y la descripción del tipo de licencia provienen de recursos web como Wikipedia, Flickr, Pexels, Freepik, Pixabay, Louvre site des collections, Old Book Illustrations, Paris Musées, The MET, Public Domain Pictures y Pixnio.

La UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA, en su calidad de editora y titular de derechos patrimoniales de autor, y en su propósito de contribuir con la difusión y divulgación del conocimiento, la producción intelectual y la educación, dispone autorizar la reproducción impresa o digital del presente libro, de manera total o parcial, así como su distribución, difusión o comunicación pública (puesta a disposición) en medio impreso o digital de manera libre y gratuita, en tanto se mantenga la integridad del texto y se dé la correspondiente cita a sus autores y mención institucional. Queda prohibida la comercialización o venta a cualquier título de este material.



Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad de los autores y no comprometen al pensamiento institucional de la Universidad del Magdalena, ni generan responsabilidad frente a terceros.

## Los autores



**Mario Andrés Mejía Guevara:** Historiador de la Pontificia Universidad Javeriana. Cursó estudios de maestría en Historia Contemporánea y en Filosofía y Crítica Contemporánea de la Cultura, ambas formaciones en la Universidad de París. Ha ejercido la docencia escolar y universitaria, y ha participado en proyectos de investigación y de memoria histórica a partir de la fotografía. Asimismo, ha sido realizador audiovisual y gestor cultural. Es docente catedrático de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Magdalena. Lidera el laboratorio de creación indisciplinar Archipiélago. [mmejiag@unimagdalena.edu.co](mailto:mmejiag@unimagdalena.edu.co)

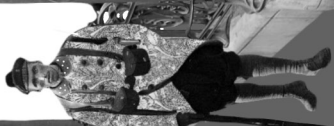
**Paula Andrea Acosta Triana:** Artista plástica y maestra en Estética e Historia del Arte. Desde un interés por lo multidisciplinar, ha desarrollado proyectos de investigación y creación aplicados a metodologías de aula, producción teórica y artística, gestión cultural y curatorial. Su interés disciplinar actual son las relaciones entre arte y tecnología y las posibilidades de representación y construcción de memoria desde el archivo. Trabaja en el campo de la fotografía y la ilustración, y se desempeña como docente de tiempo completo e investigadora del Instituto Tecnológico Metropolitano de Medellín, donde hace parte del Semillero Cinevivo, perteneciente al programa de Artes Visuales. [paulaacosta@itm.edu.co](mailto:paulaacosta@itm.edu.co)



## Prólogo



No procuro extraer una verdad no develada. Se trata simplemente de hacer ciertas alegorías, algunas interpretaciones, ninguna de ellas reveladora de una sentencia con valor universal, sino simples auxiliares de una perspectiva. No quiero ser parte de la seguidilla de voces que cantan la epifanía de esta ciudad. No busco ser iconógrafo; prefiero ser iconoclasta: dirigirme a ciertas imágenes y hacerlas estallar en pedazos, acercarme a algunos de los tantos ídolos que habitan este lugar para agredirlos. Tal vez sea un acto de violencia desesperado, sin fin ni utilidad, acto desfallecido, último movimiento de un fracaso. No obstante, y a pesar de la derrota de la cual es portador, mi gesto propone dar forma a un prisma que deja al descubierto algunos aspectos que no merecen ni culto ni adoración. Un prisma, finalmente, ofrecido para la profanación, pues hay una veneración que merece perecer.



# Mausoleo



La más visitada del mundo. La más fotografiada. La que más veces ha sido escenario, fondo espectacular, guion cinematográfico. La más. La única. No es gratuito: es síntesis, ícono. Desde tiempo atrás lo es. No tanto, no tanto tiempo atrás. Desde que una ruptura brutal inauguró nuestro mundo, nuestro tiempo, este presente que se dilata. Ha recogido lo más espectacular, lo espectral, lo asombroso e ingenioso, lo curioso, lo animal, lo exótico. Salones y salones llenos de todo eso y de mucho más. Sus calles, de la misma manera que los salones. De todo eso y de mucho más. De lo sórdido, de la triste miseria, del factor contingente, de la desgracia ineludible, del efecto colateral. Se edificó sobre los mismos elementos sobre los que se ha construido lo que somos: hierro, piedra, acero, fuego y sangre. ¡Ah, y luz! Llena de luchas y derrotas, víctimas y victimarios, exiliados y tiranos, colonizadores y colonizados. Todas las contradicciones coexisten. Aquí se encuentran y son expuestas sin contradicción. Es una especie de cementerio-museo que apesta a una cadaverina

inofensiva. Ícono. Ídolo. Está claro que cada uno de esos innumerables visitantes recorre un mausoleo y que su visita es una larga, extenuante –pero finalmente, feliz– peregrinación.

LE SPLEEN

*Petits poèmes*

UDELAIRE

PARIS

N DE PARIS

èmes en 190

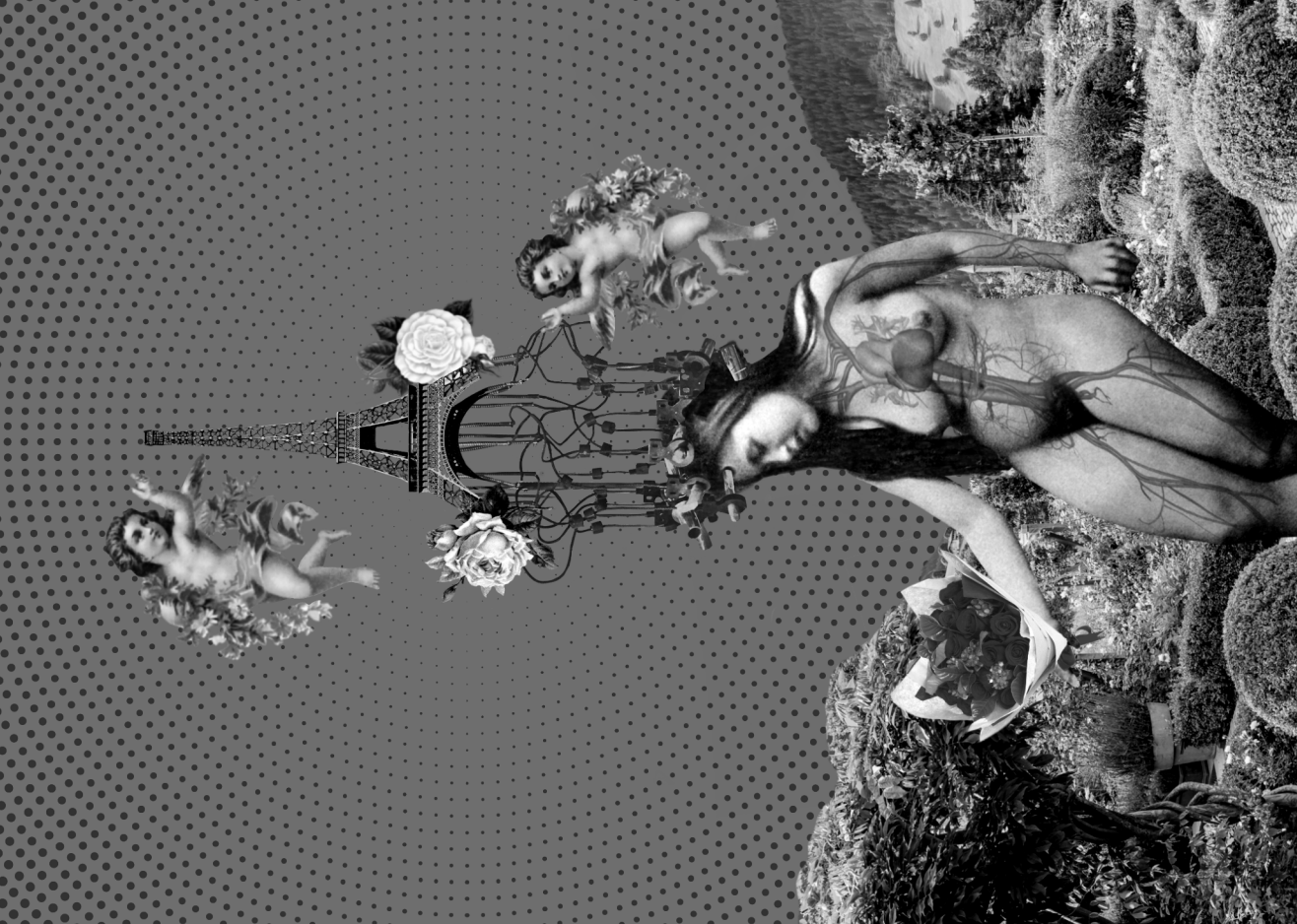
35

## Un solo y mismo gesto



Son las cuatro y cincuenta y cinco de la tarde. Faltan cinco minutos. Solo cinco. Don Ismael debe estar cerca, seguramente en el bar de la calle contigua. Debe estar pagando alguna de esas bebidas anisadas. Su presencia hace un ruido chillón e incómodo. A mí no me incomoda, me hace reír. A otros lo que les molesta es su avanzada edad y su desfachatez. No demorará, entrará y me saludará a su manera: «*Je te connais toi!*» Y yo, a seguirle el juego, a hablar duro –yo que no hablo duro–; yo de charlador y dicharachero cuando siempre me muestro serio y cortante. No es lástima, no es eso lo que me impulsa a esa extraña y cariñosa cercanía con don Ismael. Es un respeto, no debido a su avanzada edad, sino a la honestidad de su gesto: don Ismael, juiciosamente, con una disciplina admirable, recorre todas las tardes los bares del sector, siempre el mismo recorrido y de la manera más puntual. Entra, saluda, molesta, incómoda, toma su trago, paga con monedas y continua al siguiente bar, saludando, molestando, incomodando y pagando

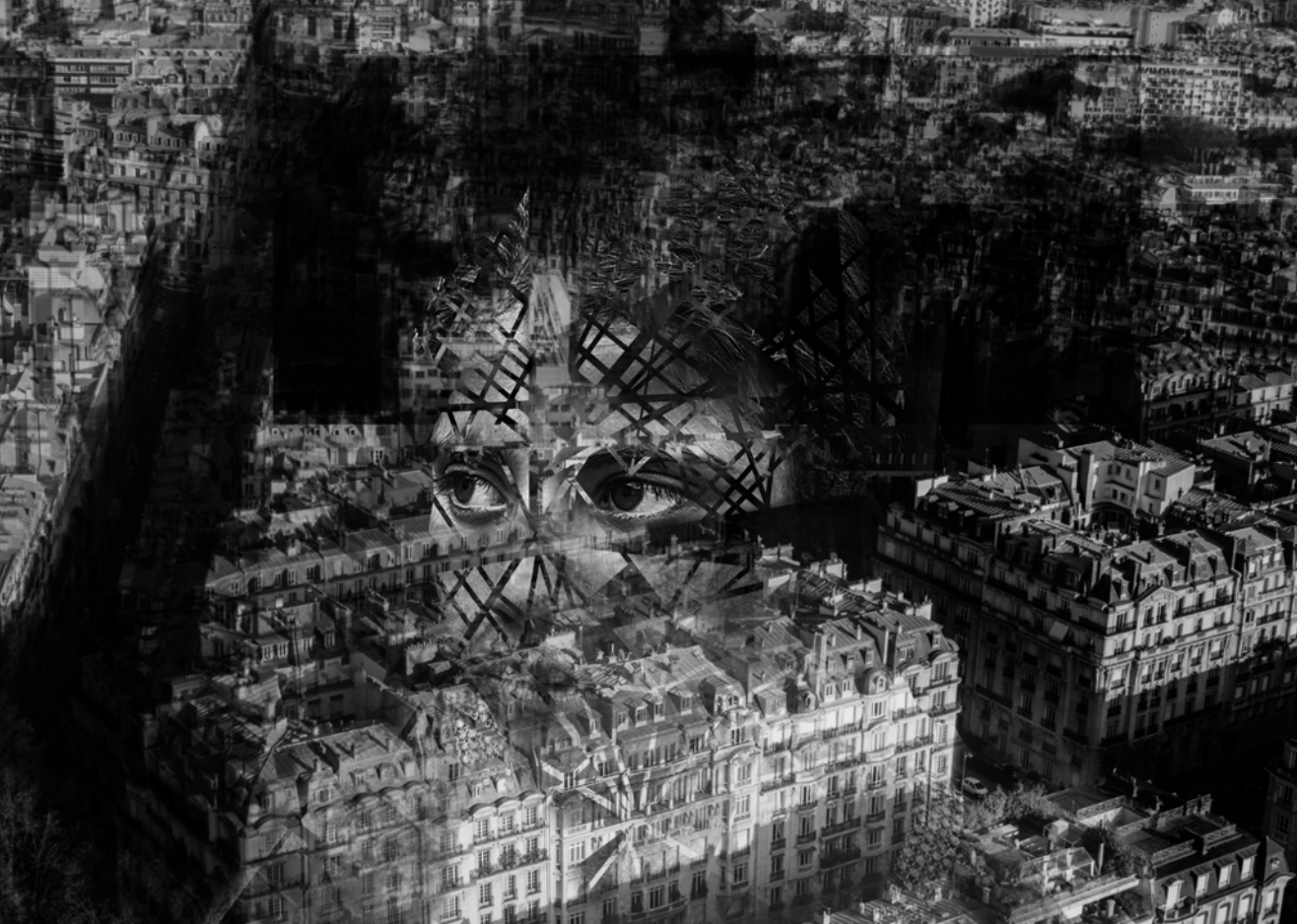
con monedas. Sincronización. Pura armonía. Rutina: palabra incómoda que muchos procuran excluir de sus vidas para con altivez y soberbia demostrar que la de ellos, su vida, no cae en lo mecánico, en lo tedioso, en lo predecible, en lo ineluctable. Es de allí que nace el desprecio de tantos hacia el viejo, pues él expone abiertamente y sin escrúpulos, sin maquillajes ni excusas, el mecanismo afinado, juicioso e ineludible de la rutina que no discrimina ni perdona.



## Línea 3



Los sonidos del metro son todos iguales. Hay una saturación de lo mismo. La variación no es mayor, no hay gran diversidad sonora. Similares chillidos, mismas voces, diversos acentos, mismas alarmas, mismos pitos, estruendos, crujidos, chasquidos. Toda esa repetición predecible de tonos invariables acentúa el carácter impersonal de esta ciudad y de este encierro. Sin embargo, hay algo que ligeramente altera tal monotonía: los músicos (sobre todo aquellos que no tienen ninguna autorización) y los mendigos (otra clase de músicos, pero sin instrumentos). Ambos son recibidos con antipatía, desconfianza, desprecio y silencio, algo peor que la indiferencia. Ambos son despedidos como fueron recibidos. No hay espacio para la agresión física como respuesta ante la disrupción, pues algo la contiene, cierta prudencia, algún tipo de modal, un tipo de defensa o una manera de replegarse en sí. Pero solo basta una pequeña variación para que esa tensión explote. Violentamente. Lo curioso es que no explota.



## Luces (I)



Este lugar recibe el calificativo de *Ciudad Luz*. No sé cuándo ni quién pudo haber fundado, de tal forma, esa leyenda. Datos irrelevantes, finalmente es un seudónimo dicho y al instante reconocido, un sobrenombre que no oculta un rostro, sino que lo revela. Hace alusión a una cualidad, sea falsa o verdadera, inexistente o alegórica, poco importa, es una cualidad atribuida y, en todo caso, admitida. Esa luminosidad enceguece, encandelilla hasta el punto de hipnotizar y bajo sus efectos nos sentimos protagonistas de una vida, ¡finalmente una vida!, no ya de esta patética existencia previa que nos oprime. Rodeados de tanta claridad, ¿cómo poder decirnos frustrados, en qué rincón tendría cabida la lamentación?, ¿cómo podría filtrarse un signo de arrepentimiento? Observamos a nuestro alrededor y nos descubrimos ahí, en medio de un espectáculo donde la ilusión y los sueños se funden, haciendo que los deseos se vuelvan realidad y la realidad fantasía. Si toda esta confusión frenética es producto de esta ciudad y de sus luces, entonces, ¿qué tipo de

luces son esas? Insuficiente decir que no son de aquellas que buscan eliminar toda oscuridad ni diluir toda sombra, no son, pues, luces totalitarias. Más preciso será afirmar que el flujo lumínico que identifica este lugar pertenece a la seducción, al encantamiento, a la ensoñación. *Ciudad Luz*, es cierto, pero no de cualquier tipo de luz, aquí ella encarna otra dimensión, adquiere otro impulso, tiene otro objetivo además del de iluminar; ella ofrece a nuestra mirada cansada un momento de regocijo sin la necesidad de cerrar los ojos, bien abiertos, muy abiertos nuestros ojos para poder disfrutar de todo aquello que estas fantásticas luces nos exponen hasta que, producto de un golpe dramático, nos reconocemos asfixiados en medio de la trama luminosa, en medio de un juego de espejos del cual nadie encuentra salida.



## Disertación: estetización



Más que cualquiera de sus contemporáneos, Walter Benjamin denunció, al aproximarse al aparato productor de valores estéticos del fascismo, la problemática relación existente entre política y estética. La fórmula empleada al final de *La obra de arte en la era de su reproductividad técnica* (Benjamin, 1936) fue «estetización de la política». Bajo las dinámicas propias del capitalismo contemporáneo, es una evidencia que ya no se trata simplemente de una estetización de la política, sino de una estetización del mundo (Lipovetsky, 2013), donde se incluye la vida misma. La tendencia obsesiva en nuestro tiempo es hacer que todo pase por un proceso de configuración estética. Se trata, pues, de una reificación que acentúa la dimensión fantasmagórica de todo objeto, signo o subjetividad. En otras palabras: una objetivación estetizada. Lo que ha logrado el Diseño Total (Hal Foster, 2004) es un sometimiento voluntario a partir de la fascinación y la continua fabricación de nuevas seducciones. Más allá de las operaciones utilitarias que del arte hace el

poder, nos interesa acercarnos a las operaciones de estetización en una sociedad obsesionada por *rendre beau* cualquier cosa. Apuntamos en general al diseño no como un capítulo menor en la historia del arte, sino como el dispositivo mayor en los procesos de estetización del mundo contemporáneo. Concretamente, nos interesaremos en el diseño de ambientes, especialista en intervenir espacios para crear escenarios fantásticos (efímeros o permanentes, públicos o privados, desde vitrinas hasta lugares turísticos o culturales), donde confluyen desde los elementos de la fascinación mercantil descritos en algún momento por Benjamin –la luz, los materiales industriales– hasta los más recientes avances tecnológicos. Un aparato, si se quiere, que escenifica lo bello, un *aparato estetizador*.



# Diálogo



7:15 a.m. El trayecto: Porte de Versailles-Pigale. 19 paradas. Tiempo estimado: 38 minutos. Inicia el viaje y no hay una sola voz humana. El ruido del metal, agitar cansino, una grabación informativa. Cada una de las personas dominadas por un misterioso mutismo. Ascenso-Descenso. Ningún diálogo aparece. Descenso-Ascenso. Ningún monólogo. A medida que la hilera de vagones avanza, el silencio se dilata, se tensa; su elasticidad parece infinita, pero hay una resistencia interna que hará que se contraiga o estalle. Tensión en movimiento. 6ª parada. 18 minutos y el silencio humano prolonga su reino. Trato de adivinar el desenlace: ingenua voz que ignorante de lo que pasa romperá el espectáculo; repentino despertar al unísono de todas las voces; aleatorio murmullo que crecerá progresivamente y en sentido contrario al silencio; son muchas las posibilidades. 7:35 a.m. Solo ruido metálico y la mecánica voz con brillos metalizados que informa. Más nada. Sèvres-Babylone. 9ª Parada. 7:40. 25 minutos de silencio son abruptamente interrumpidos por un diálogo

que sube. Pero tal irrupción tiene un detalle que en lugar de destruir el espectáculo le otorga un nuevo tinte: la lengua que lo sostiene está hecha de puros signos, señas y gestos. Este diálogo no disputa con el silencio, al contrario, es su cómplice.

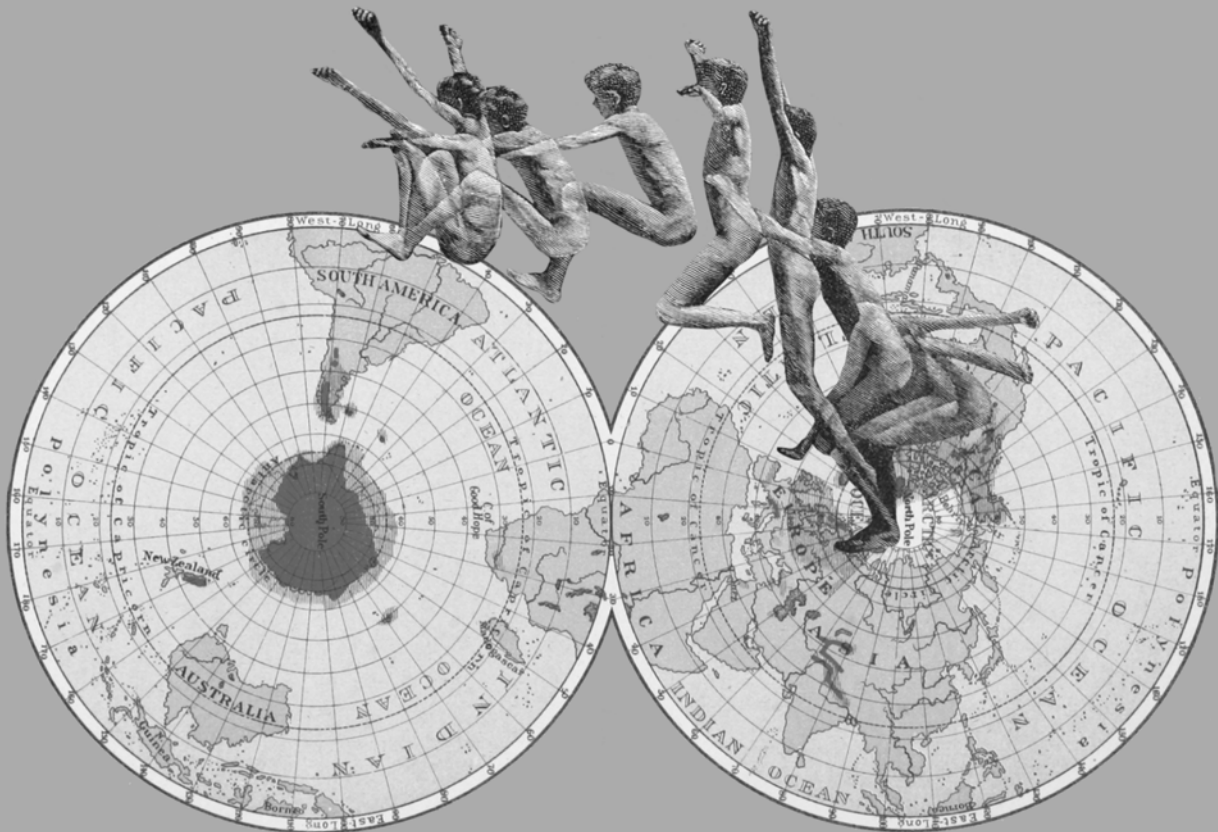


## Pantano



Hay un plan algo desatinado, pero viable: ir los sábados al barrio judío a comer falafel. Un sábado en un barrio judío, vaya estupidez, pero se logra. Aunque la gran mayoría de locales se encuentran efectivamente cerrados, siempre hay uno o dos que rompen las sagradas normas milenarias –o donde lo único judío es la comida y no la tradición–. ¿Por qué ir un sábado y no otro día de la semana? Porque, en efecto, el plan es otro y la comida tan solo es un acompañamiento, un pasante, y ese plan, el central, es mejor disfrutarlo los sábados, el día de éxtasis. En compañía de Carolina, nos adentramos por las estrechas calles que antes hicieron parte de un barrio popular y que ahora están llenas de boutiques, tiendas de accesorios, agencias inmobiliarias, bares a la moda, librerías de diseño, centros estéticos y locales de cosméticos y productos orgánicos; de un sinnúmero de tiendas de ropa de todo tipo, para todos los gustos, para todas las miradas, para todas las perversiones –como si la libertad se manifestara en la manera como se te de la gana

vestirte–. Por esas calles –que más que calles son pasajes comerciales–, llegamos, pedimos nuestro falafel y ante la pregunta «¿para comer aquí o para llevar?», no dudamos en responder alegres: «para llevar». Buscamos un banco, quizá un andén, y de la manera más descomplicada damos rienda suelta a nuestro plan de sábado en el Marais. ¿Por qué resignarse a mirar estanterías, vitrinas y muñecos inmóviles, cuando podemos ver toda esa gama de productos y todas esas figuras en movimiento recorriendo las calles con júbilo? Personas hechas maniqués que entran y salen, llevan y traen, se ponen y se quitan, que caminan, corren y saltan festejando su carácter irreplicable, mientras nosotros, sentados en un andén, miramos atónitos y contemplamos la contemporánea manera de celebrar la existencia: creerse únicos, gotas singulares e inmaculadas en medio de un pantano fangoso.



## Afuera/Adentro



«Algo que está afuera». Edward Said afirma que para Francia y el Reino Unido Oriente siempre fue una entidad ajena, fuera de sus fronteras, lo que favoreció la fabricación de ese territorio como ese «Otro» que terminó reencarnando todos sus deseos y delirios, que recibió la proyección de sus obsesiones, enfermedades y perversiones, que contiene las imágenes de lo opuesto, lo contrario, lo diferente. La antípoda de sí mismo. ¿Qué sucede ahora con ese «estar afuera» cuando Europa –pues esto no es caso exclusivo de Francia o Inglaterra– está «llena» de ese elemento extraño, distante, diferente, que alguna vez representó Oriente? ¿Cómo trata en el interior de sus fronteras ese «afuera»? ¿Ese «Otro» que ella misma inventó y que no es, paradójicamente, otra cosa que el fantasma que ella despertó, espectro de sí misma? Obstinada en su propia idealización, ensimismada por el narcisismo, incapaz de salir de ella misma, Europa, una vez más, enciende las hogueras, levanta patíbulos, despliega la sospecha, el miedo y el odio, militariza lo cotidiano, señala con el

índice acusador y emprende su ya conocida cacería de brujas.

Sous nos drapeaux que la victoire. Accours à tes mâles accents.



Que les ennemis expirants. Voient ton triomphe et notre gloire!

## Eje histórico



Hay una línea recta de ocho kilómetros que une tres importantes monumentos. Aunque considerable, me he propuesto caminar esa distancia, si le sumo el frío, el resultado será una gripe monumental. Poco importa e inicio con el de más bajas proporciones, el Arco del Triunfo del Carrusel, tomo la foto, leo las inscripciones y me entero de que es una réplica de los Caballos de Bronce de Constantino I y celebra la victoria de la armada francesa durante la época de la expansión ilustrada de las guerras napoleónicas en Austerlitz. ¡Muy bien!, ¡es que las expansiones se celebran, señores! Continúo y pronto llego al otro emblemático punto al cual no le tomo una sino muchas fotos (¡es que tiene muchos ángulos!), le doy la vuelta, me paro debajo de él, miro la lista de nombres, foto a la llamita que no se apaga, reviso mi guía turística: Arco del Triunfo de la Estrella, su construcción inicia en 1806 pero las repetidas derrotas militares de la armada francesa la interrumpen; solo hasta 1836 se finaliza bajo la idea de la reconciliación, glorificando la patria y la nación. ¡Amén! Me

embarco en el trayecto más largo, aburrido y feo, justo reconocerlo. Llego al Gran Arco, y vaya que es enorme, no sé si bello, pero imponente. Aquí le llaman el Arco de la Defensa, aunque su nombre es el Arco de la Fraternidad. Doy media vuelta para ver el camino recorrido y vaya sorpresa, lo que veo no es solo esa línea que une a la perfección los tres arcos, sino tres etapas históricas, tres políticas de Estado. La primera, la expansión, la imposición y el imperialismo. La segunda, aunque también bélica, conmemora la unión nacional, la sumisión a una nación por parte de una población (*¡vive la France!*). La tercera, ya consolidada esa nación, reconociendo la fraternidad como un principio entre pares –porque la igualdad no es para todos–, solo resta la defensa de la soberanía: *ou tu l'aimes, ou tu la quittes*. El resultado, peor que lo previsto: no una gripe monumental, sino unas náuseas históricas.



# Centro Comercial



He sido el más distante de toda la familia. Ninguno de sus miembros ha buscado voluntariamente desprenderse de ese ambiente nuclear; si ha sucedido, no hay culpas, no hay señalamientos, se asume como un resultado indeseado. Al único que juzgan de traición es a mí. Me fascina su sentencia pues me reconozco en ella. No obstante, siempre hay debilidades y, a manera de compensación, si algún familiar me pide un favor, sin medir nada lo hago. Recoger a una prima en esta ciudad, llevarla al hotel, explicarle cosas mínimas de supervivencia. Recibirla. La última noche antes de su vuelo, hospedarla en mi apartamento. Ningún problema. Esa última noche, después de cenar, iniciamos una conversación tratando de actualizar vidas disímiles. La infancia, un recurso para encontrar empatía y tender un puente para que el tiempo pase. Algún recuerdo agradable, algún nombre escondido en los viejos afectos de la torpeza juvenil, algún evento trágico. Silencio. Incómodo pero diciente silencio. De golpe, como si hubiera estado esperando toda la noche, la

pregunta emerge y quiebra ese mutismo que, si bien incómodo, al menos representaba un equilibrio: «Oye, primo, ¿por qué en esta ciudad no hay centros comerciales?» La miro, incrédulo. «Esta ciudad es en sí misma un centro comercial, prima». No hay ninguna réplica de su parte, tan solo un «Ahhh», que queda flotando en el aire. Mientras voy por otra botella de vino, ella busca su guía turística, la ojea brevemente como buscando un indicio o una prueba, algo para poder refutar o para confirmar. Después de un rato solo atina a decir: «Tan raro». La noche se hace larga, el vino se agota; afuera la ciudad adormece, vitrinas cerradas, luces centelleantes, deseos intermitentes, testigo y cómplice de una noche que se extiende entre el silencio.



# Miradas



Cuando una mirada colonialista está en escenarios periféricos orienta su cámara a la miseria como elemento exógeno, exótico, curioso, pintoresco y garantía del propio bienestar. En esta masa urbana perversa, la mirada del colonizado hace que su máquina capte toda la representación material que compone un imaginario –ese que ha sido elaborado de imágenes producidas en la metrópolis para celebrar su grandeza–. Repetición de la producción, imagen que se repite como imagen de la imagen. Esta captura e idealización no son simple efecto de un posicionamiento colonial que reconoce, asume y reproduce su rol subalterno, sino que también es producto de un halo de luz que se extiende sobre la ciudad, cuyo efecto es el de perpetuar esa relación colonial entre las miradas.



# Equilibrio



Es una calle como cualquiera, nada atractivo ni especial. En ella usted encontrará una panadería, una boutique de gafas, un almacén de audífonos, una galería de arte, un almacén de inodoros, una crepería, una agencia inmobiliaria, un local de lencería femenina, una peluquería francesa, un restaurante *fast-food*, una librería cristiana que con títulos como *Un prêtre à la guerre; Avec Hélié de Saint Marc: l'honneur d'un soldat; Pierre de Saint Péreuse, des ailes pour la France libre*, bien podría llamarse *Dios y Patria*. También hay un hotel de pocas estrellas, dos amplias sucursales bancarias, un bistró y un café literario, ¿qué podría faltar? En esa calle usted puede comer, beber, estar a la moda, cumplir con los estándares de belleza y sensualidad, podrá oír mejor, ocultar la vista, sublimar a través del arte, dormir, follar, leer, defecar... en resumen, comprar lo necesario, endeudarse por lo impagable y contemplar lo banal. Todo lo que necesita para vivir. ¿Cómo? ¿Lo espiritual? Si *Dios y Patria* no le basta, en la esquina nororiental hay una iglesia, ¿no la

nombré? Es un templo ni grande ni pequeño que intenta imitar un gótico tardío, por momentos lo logra con satisfacción. Su horario es aleatorio pues abre principalmente para ceremonias fúnebres. Así que no se preocupe, su fe permanecerá intacta con persignaciones regulares y sermones que nos alivian ese tránsito al más allá. ¿La caridad? Tiene usted razón, esa virtud teologal no puede faltar: si desconfía del diezmo, hay un ser que habita nuestra calle. Siempre está, por más que el cielo le envíe lluvia, calor, nieve, viento, frío, él permanece ahí. Es su lugar, parece que cumpliera un mandato pues sin importar la estación del año lo verá en algún punto de la calle, por eso no se afane. Ninguno de los vecinos ni transeúntes sabe su nombre, basta con un gesto o un sonido, él vendrá a usted, o si lo prefiere, cuando pase por su lado podrá poner en práctica el amor al prójimo, tiene usted razón, lo que no se usa se atrofia, seguramente para eso está él, ahí, sin horarios, siempre.



## Inasible sabiduría



Distribuyendo hojas con mi nombre, dirección, teléfono y una angustiada necesidad de sobrevivir, terminé llegando a Montparnasse. De todo el barrio, solo me dejé invitar por el cementerio. Allí visité a Cortázar, Simone de Beauvoir, Samuel Beckett, Sartre, Cioran, Maupassant... Nada me supieron decir. Les hablé en voz alta, como todo el mundo suele hacer cuando visita a los muertos, en eso me limité a reproducir una costumbre. Les conté todo, casi todo, a cada uno de ellos... silencio. Parsimonioso silencio ante la más sincera de las confesiones. ¿Dónde está la voz de los muertos? Ellos que, de súbito, por el don de la muerte, se convierten en sabios, ahora callan. Aquellas preguntas que a toda existencia sumergen en la angustia y en la desesperación y que nadie es capaz de responder de manera definitiva, quedan en ese instante, en ese preciso instante que precede a la muerte, el más eterno y místico de los que componen toda vida, en ese justo instante quedan resueltas. Para siempre. Todo es dicho, con cada muerte se repite. ¿Dónde está la voz de los

muertos? Ninguno de mis sentidos capta nada. Debo seguir repartiendo mi currículum, continuar mi búsqueda y esperar, pues silencio es lo único que recibo como respuesta. No podría ser de otra manera. No obstante, esas voces y esas palabras investidas de una sabiduría repentina y eterna en algún lugar resuenan. Sospecho que alrededor de este silencio al que me confronto ellas flotan, vibran, emergen, pero todo se me escapa. De momento, no me queda más que ser uno de los tantos peregrinos que acuden en homenaje al fascinante sonido de sus nombres y, como ellos, disfrazarme de júbilo.



## Ondulaciones de la risa



¿Por qué ríen? Estoy en un bus inter-ciudades. Es un servicio precario, barato, mediocre. Comparado con el sistema de trenes, el bus es algo que llega a ser despreciable. Ahí estoy, llegando a la ciudad-luz, procedente de una ciudad-porcelana. Aún es de noche. Todo está oscuro. Fuera y dentro. El bus está detenido en la *Gare*. Debemos esperar. El conductor aprovecha la pausa que se prolonga para, a través del altavoz, informar sobre conexiones con otros buses. Su verdadera intención es sacar de la modorra a los pasajeros con una información que a todos resulta inútil. Oscuridad, cansancio, sueño y un aire denso, maloliente, nocivo. Él sigue hablando de manera mecánica y, con algo de euforia, termina su monólogo con un sublime *la ville est à vous*. Entonces, la risa estalla. ¿Por qué los pasajeros ríen? Más que colectiva, es una risa comunitaria, algo comparten, algo los junta y los hace pares. En sus risas hay cierto sarcasmo, hay burla. Esa sentencia, *la ville est à vous*, en lugar de dar la bienvenida fue una provocación inofensiva: la risa, el efecto más sonoro del absurdo que

encierra. Decirles a ellos que ella, *La Ville*, que no ha hecho otra cosa que expulsarlos y llevarlos a la precariedad, decirles que ella les pertenece y es de ellos resulta absurdo. Solo queda reír. Pero, a la vez, a ellos esa ciudad les importa poco y no les interesa ser parte de ella. Cuando deciden salir de sus barrios para hacerle una pequeña visita a esa dama vestida de noche y luces les encanta ser el ruido, les fascina irritar. Quizás en ese momento la hacen suya, un tipo de apropiación que consiste en hacer lo más visible posible la imagen que esa ciudad les designó: los que huelen mal, visten mal, hablan mal, se comportan mal, recaen constantemente en el mal, reencarnan el mal. Entonces ellos de nuevo ríen, mientras los otros, los habitantes de la ciudad, contraen sus rostros al sentir que los invade lo que está más allá de las fronteras.



## Calle despojada de nombre



Los últimos trazos de la vida de barrio están ahí, dispersos, desligándose de su contexto, listos para ser recodificados. Fragmentados, aislados, son frágiles imágenes de un tiempo pasado o de un tiempo que en todo caso está haciendo su tiempo; el café y el humo, la calle y el juego, la cacofonía en cualquier punto, el barullo familiar, la leprosa arquitectura, la sonrisa y el saludo, la confusión de (c)olores, el pesado aliento de la esquina, ahí están, a la espera de la última señal, absorbiendo su último respiro, prefigurando una nostalgia y abriéndose a la derrota. Los últimos trazos de los vencidos, como ventanas de otro tiempo, de otra vida, de otra manera de vivir, que desde ya adquieren esa odiosa categoría de lo pintoresco.

*je parle français*



## Carnicería



¿En qué consiste este lugar que huele a muerte, sabe a muerte y vive de matar? Hay una extraña fascinación en todo esto. Delirio heredado por nombres, situaciones, eventos que, al entrar a la historia, a su relato, a su ficción narrativa, nos cautivó. Y hacernos presos de sus imágenes nos hacía felices. Cuando fue vivido, este lugar – sus calles, sus edificios, sus cafés– no satisfacían a nadie. El aura mística que rodea ese tiempo y las vidas que lo atravesaron vienen después, como revancha ante el dolor. Incautas e ingenuas, como suele pasar ante el presente, esas vidas no se daban cuenta de nada. La nostalgia, la celebración de ese pasado, vino después, una manera heroica de esconder la derrota y la humillación. Hemingway, Cortázar, Kertész, Márquez, Vallejo. Nombres. No más que eso. Porque este lugar nunca ha dejado de ser una carnicería. Todos esos nombres son monumentos: ruinas bajo las cuales se pudren millones de nombres más.

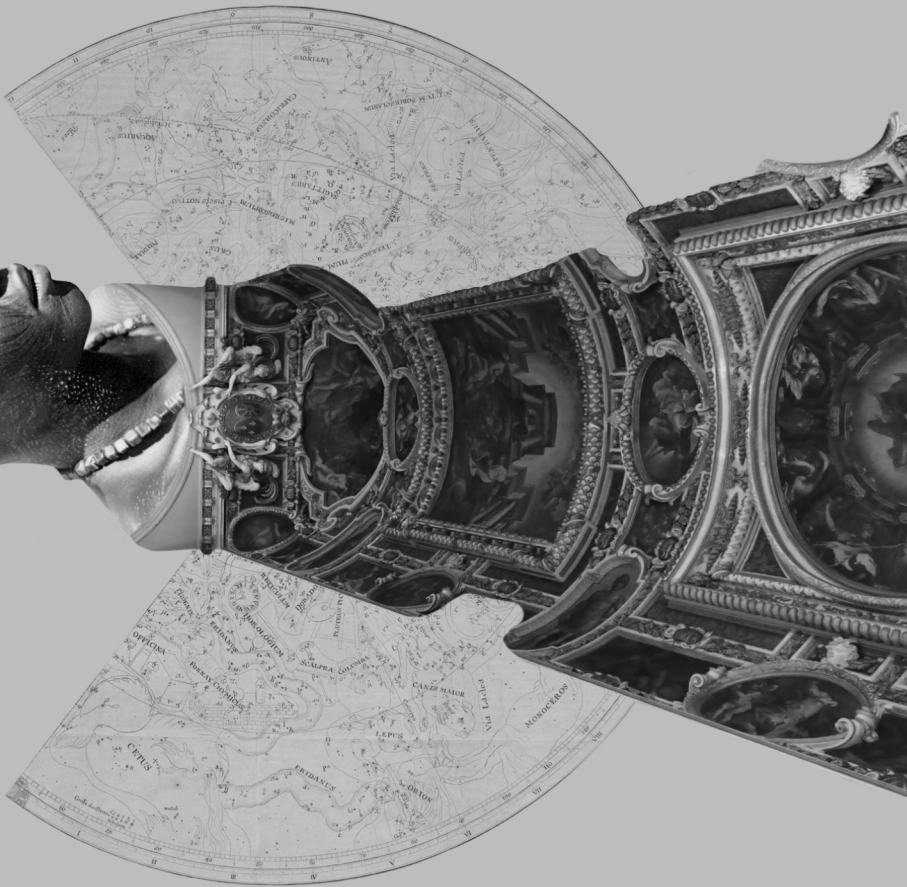


## Bosque de máscaras



Veinticinco minutos de espera. Es el tiempo exacto que dura el trayecto a pie desde este paradero hasta mi casa. Estoy cansado, preferiría esperar el bus, pero esperar siempre ha sido lo que más fácil me exaspera. Decido caminar. Me abrigo, la noche está abierta, el viento es frío y sopla con rabia. Es el invierno que se anuncia. Camino mirando al piso, como protegiéndome de la noche, del frío, de la soledad, pero no me siento vulnerable ante ninguno de ellos; al contrario, noche, frío y soledad son mi reino, mi lugar. El caminar así, como escondido, se debe al acto de repasar las imágenes más recientes: la zalamería de muchos clientes, su banal pedantería, su desprecio por todo lo que no es su ego, la insidia en su carácter, el temperamento servil que nos exigen, la arrogancia en sus voces y esa profunda displicencia con la que se dirigen a nosotros, sus *serveurs* (meseros, aunque «servidores» sería una traducción más exacta). Estas imágenes sí me hieren, estas sí me duelen y necesito protegerme de ellas. La única fórmula que encuentro es penetrar en su bosque

de figuras humanas y jugar su juego, divertirme con el espectáculo, reírme de su fantasía insulsa, cambiar de máscara, una tras otra, así oculto mi desprecio, disipo la rabia y, como efecto, me convierto en espejo. No se trata de otra cosa diferente a la de rescatar y darle uso al sentido original de la palabra *hipocresía*.



## Subterránea pasarela celestial



Primero un zumbido y al instante el metro. Con delicadeza baja la velocidad hasta detenerse. Se sacude levemente antes de sonar una chicharra para avisar a todos que las puertas se abren. Es la línea 1, moderna, automatizada, con alta tecnología y espléndido diseño, la que yendo este-oeste y viceversa cruza lugares de refinamiento, prestigio, distinción y *confort*. Suena esa chicharra aguda y penetrante, las puertas se abren y el espectáculo es delicioso: querubines. Salen por todos lados, por todos esos orificios que la chicharra mágicamente abrió, casi volando, muchos levitando, los que deciden caminar lo hacen con aplomo y gracia. El conjunto de sus gestos es un repertorio de exquisitez, todos limpios, hermosos, brillantes, sonrientes, de facciones equilibradas y proporciones simétricas. Una pasarela celestial. Me quedo ahí, en el mismo punto, el mismo lugar, esperando que llegue el próximo metro, deseoso de que el espectáculo se repita. Suena la chicharra: danza acompañada y coral, atonal y multicolor de querubines.



SPORTS  
OF  
DASSES

—1887

CAPTAIN  
COOK

THE  
WHISPER

THE  
WHISPER

THE  
WHISPER

THE  
WHISPER

THE  
WHISPER

THE  
WHISPER

THE  
WHISPER

THE  
WHISPER

THE  
WHISPER

THE  
WHISPER

## Halo



Aquí la condición de calle no es escandalosa. No asusta, no intimida, no persuade. Sin quitarles la piel carcomida, herida y llena de llagas, a estos despojados se les suprimió lo que podían tener de grotesco y repulsivo. Una de las particularidades de esta máquina urbana es su capacidad de captura. Reconduce, redirecciona. Separa y recompone. No se preocupa de ninguna esencia. Máquina perspicaz que ha comprendido la lección: «la esencia es una quimera, amigos, así pues, se trata de dividir, separar unidades y volver a ensamblarlas para obtener algo nuevo». Porque la condición de calle, aquí, encandelilla, llama la mirada, hace parte del paisaje. Esos vagabundos han sido redimidos mediante la inversión de su espectáculo. Su imagen ahora goza de un aura que junto a un viento apacible los hace llamativos. ¿Incómodos? Algunos, en ciertos casos, pero eso no arruina la armonía. Al contrario, puede que todo ese ruido termine por ser fuente de nuevas sonoridades lúcidas. Nada sorprendente, en este perímetro urbano, máquina infernal y fascinante donde se ejerce con una destreza admirable

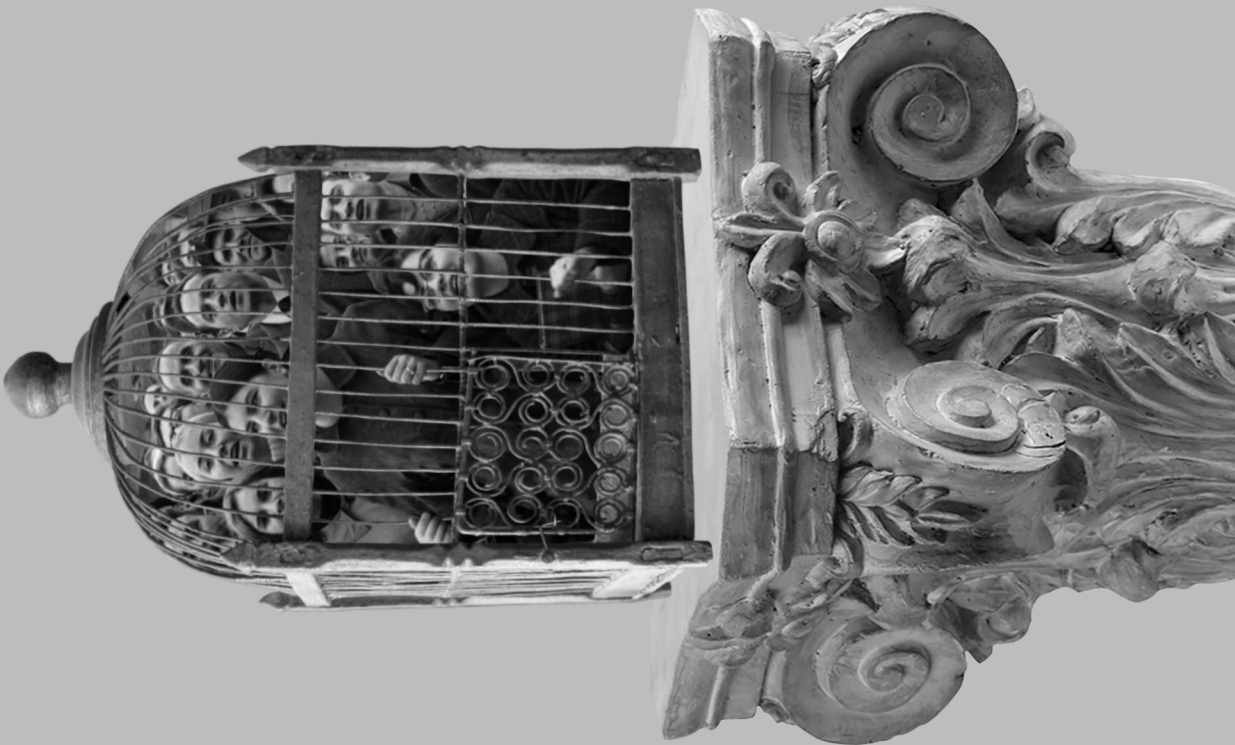
y ejemplar la producción de fantasmagorías, ya que cualquier cosa puede ser objeto de una reificación exitosa. Ellos, que se pasean entre callejuelas, se cobijan entre sombras y se alimentan con las migas de la ciudad, adquirieron un brillo que los hace partícipes del espectáculo. Tal luminosidad, por tenue que sea, hace que muchos vean en los sucios canales del Sena una escena romántica más; que las carpas que sirven de abrigo sean curiosos puntos coloridos en una foto familiar; que las vidas deformadas por la indigencia sean admirables esperpentos de lo no-bello («pero finalmente, ¡qué bello!»); que sus formas pasen a ser inspiración para futuros usos estilísticos; que sus rostros estén en el primer plano de un documental o de una exposición fotográfica. Todo lo anterior permite a Steven Greenhouse, del *New York Times*, decir: «La escasez de vivienda es otro problema, aunque no sea la principal preocupación de los parisienses, quizá por el halo romántico que envuelve a los vagabundos que duermen a orillas del Sena».



## Frío



En esta ciudad donde reina el gris con todos sus matices, la temperatura no se calcula en grados Celsius. Tampoco en Fahrenheit. Se mide en abrazos. Si el invierno resulta ser la estación más fría, esa medición, insisto, nada tiene que ver con Celsius ni con Fahrenheit.



## En la rotonda del barrio



Desde hace diez años, aquí hay un grito diario que resuena en una de sus rotondas, grito que no es un cántico, grito que no es júbilo, grito que tiene algo de costumbre y algo de novedosa intención repetitiva. Hay mucho de rabia en ese grito, también mucho de indiferencia en el eco. Y solo hay conformismo en el silencio que le sigue. Desgarramiento que es una forma de recibir el alba. Desde hace diez años un fuerte alarido saluda al mundo para sacarlo de su marasmo. Por un instante lo logra. Insignificante instante que obliga a quien lo profiere a repetirlo todos los días. Intercala los tiempos, modifica el tono, varía la duración. Obtiene siempre el mismo instante. Insuficiente. Recluido en su carpa de un verde descolorido, ubicado sobre una de las rejillas de ventilación del metro, él recoge su cuerpo, asoma su rostro a una monótona luz y arroja un grito, cada día, desde hace diez años, por muchos años más, pero el mundo no se estremece y por más que lo intente, por más que lo desee, nada desaparece.



## Punteado invisible



La inexistencia de muros o de rígidas líneas de separación hace que aquí la segregación sea bastante refinada, sutil. No se trata de construir un espeso muro para separar dos pueblos en dos territorios; no es tampoco necesaria la implantación de normas que rijan la división y la jerarquización. No obstante, las líneas existen, están ahí funcionando: separan, dividen, filtran, distribuyen estratégicamente el espacio urbano. No se eleva ningún muro al infinito, es verdad, pero la discriminación es latente, permanente y no poco violenta. Es un secreto público en esta ciudad. Todas las personas sienten de una u otra forma esa discriminación sin pausa, esa separación de espacios, de ritmos, de roles, de obligaciones, de sumisiones. Las calles son testigos constantes de ese tipo de margen y de jerarquías. Ellas mismas han sido objeto de esas líneas que distribuyen y organizan el trazado urbano. Dar ejemplos es revelar el secreto, ese que todo el mundo sabe, ese que todo el mundo se esfuerza en callar.



# Europa



Quai Branly. Museo. Galería. Librería. Mediateca. Tienda. Restaurante. Américas, África, Asia, Oceanía. *Dialogue des cultures. Où les cultures se rencontrent.* Pero la única que habla en ese lugar, la única realmente presente, es la que no fue nombrada.



LUDOVIC  
VESENTIONE, SEQUANIQUE  
REX, HISPANORUM, BATAVORUM  
ET, C. A. D. R.

FRANCIS  
FRANCIS GERMANO-  
REX, HISPANORUM, BATAVORUM  
ET, C. A. D. R.

# Invasión bárbara



Hay un *apartheid* universal. Está claro. Un enorme allá, un reducido aquí. También está claro que ese allá es caótico, violento, desolado. Y que los que habitan el aquí se regocijan entre comodidades de violenta procedencia. Cada día sienten más temor, llegan incluso a sentir miedo. El allá se propaga, temen que alguna sombra sobrepase los límites, supere los controles y llegue hasta aquí y perturbe. El día en que eso ocurra, lo saben, tal perturbación será difícil de disimular y, con el paso del tiempo, imposible de extirpar. Ante tales imágenes, el pánico. Dentro o fuera. Estás dentro o fuera. Aquí o allá. En este o ese lugar. Hay un adentro, un afuera. Simple. Blanco o negro. Dentro o fuera. Negro o blanco. Obvio que hay una frontera, una línea que marca el aquí y el allá, y se erige impenetrable, llena de controles. Un muro invisible pero inexpugnable. Irregular, esa línea. El *apartheid* universal. Y esta división lo abarca todo. Es simple, pero categórica.



## Luces II (Destellos)



He vagado por el cielo sin encontrar una sola promesa. Descubierta el engaño, dejo a un lado las rutas celestes. Me adentro entonces en nuevos circuitos y navego entre la alegría de estos rostros anónimos. Cantando, bailando y riendo, me veo ser parte de ellos. En medio del júbilo, me pregunto por las luces que por todo lado brillan. Sin saber de qué se componen, sé bien que son las que orientan nuestra marcha. Nunca fueron los astros; hoy son otros destellos los que escriben la palabra *destino*.



## Equinoccio



Expectante y con emoción aguardo los cambios estacionales. Viniendo del trópico, esos ciclos son para mí un fenómeno de infinita atracción, pero por la misma razón soy torpe para reconocer los matices. Solo cuando el cambio es brusco y evidente puedo reconocer que se ha pasado de una a otra. Toma tiempo, mucho tiempo, ajustar la mirada; un entrenamiento que solo se logra con los años, aunque aquí, en esta ciudad, todo sea parte de un mismo engaño. Los servicios municipales de limpieza y de espacios verdes, la noche anterior al equinoccio de primavera, trabajan sin descanso con sus implementos para adecuar de la mejor manera jardines, praderas y parques públicos, colocando plantitas y maticas y decorando todo con minucia, muy como es aquí, con mimo, con énfasis en los detalles, todo bien puesto y bien florido pues es tiempo de la primavera. Esa adrenalina vital que son las estaciones se ha vuelto parte del decorado. Ya desconfío hasta de la nieve.

TRO  
B

DUTY FREE  
GIFTS  
SOUVENIRS

SOUVENIRS OF PARIS

SWEATSHIRTS

cust  
sell



PER

18

# Obituario



Filippo Tommaso Marinetti (1876-1944)

Sus familiares, cercanos y discípulos:

Amigo, camarada, poeta, profeta, nos entregamos voluntariamente al deleite de tu obra, leemos con pasión los trazos de tu sabiduría, seguimos como herederos tu legado inmortal, nuestro culto silencioso es el que levanta la mirada, altiva, orgullosa, para ver lo que nos enseñaste a apreciar: ese delicioso instante en que la belleza se muestra en éxtasis, pues qué importa el desastre si el espectáculo que nos ofrece es bello.

El duelo se despidе en el futuro.



## Epílogo: las postales recibidas



Querido amigo. He recibido tus postales con gran alegría de saberte visitando el viejo mundo y los ejes de la historia, pero debo confesar que me llega una luz desconcertante y a la vez cercana sobre Europa. En esa fugacidad de tu existencia es donde asoma en tus postales la verdad. Como una luciérnaga ante los reflectores. Eso es la supervivencia en nuestros tiempos, según dice el historiador del arte Didi-Huberman. Así, desde la intermitencia, se muestra la esencia de tus relatos, solo y acompañado, sobreviviente como los somos todos en estos tiempos de engeuecidas luces sobre los rostros. Europa nos trajo un siglo veinte de la imagen, de lo que quema por todos lados esas fábricas audiovisuales, hasta en los libros más entrañables he leído a Francia desde esa nostalgia de querer estar allí, como haciendo parte de los restos y veo con tus cartas que he estado y no me sorprenden las mismas luciérnagas que resisten. La diferencia

que en cambio me trae tu imaginario es el peso de la historia y la contemplación aurática que haces vibrar y aparecer a pesar de la amenaza y de la condición póstuma a la que refiere la filósofa catalana Marina Garcés. Por eso hallo valor honesto y profundo en tus intermitencias, cercanas a las mías, pues encuentro allí la posibilidad de pensar nuestra humanidad precaria y vulnerable aún después del fin del arte, de tanta reproductibilidad técnica y ahora viral, después incluso del fin de la filosofía y después de la muerte del autor. Hay pensamiento aún, arte, vida y todo junto en la fugacidad. Agradezco tus tarjetas, para leer allí algún dejo de la realidad, por debajo de tantas capas que nos ponen encima, más allá de las fronteras universales a las que te refieres, leer abriendo y excavando esas imágenes. En tus instantáneas palabras encuentro la común existencia de lo efímero, aquí y allí, para aprender, de vez en cuando, a vivir. Gracias por el encuentro.

Angélica Hoyos Guzmán  
Santa Marta, Colombia